

GARCIA

Doña Juana,
Segun el mensaje de hoy,
Llega á Toledo mañana.

GONZALEZ

Nuestra reina es un tesoro.

GARCIA

Grande alma, mucha nobleza . . .

GONZALEZ

A mas un corazon de oro
Que realza mas su belleza.
¿Mas ves aquel embozado

(Viendo al fondo.)

Que se desliza hácia allá?

GARCIA

Ya le veo, muy calado
Lleva el sombrero.

GONZALEZ

¡Ja! ¡já!
¿Le conoces?

GARCIA

No, ¡pardiez!

GONZALEZ

Es el rey.

GARCIA

Alguna intriga.

GONZALEZ

Amorosa; si tal vez
Que á disfrazarse le obliga.

GARCIA

¿Vamos al alcázar?

GONZALEZ

Vamos.

La hora de partir avanza. . .
Y nosotros no avanzamos.
Ja, ja, ja. Amen y esperanza.

(Se van por la izquierda.)

ESCENA IV

D. PEDRO Y D. NUÑO.

D. PEDRO

¡Ah! por mi honor,
Os juro que compadezco
La suerte de Doña Juana;
Esas locuras del rey
Sacarán la flor de su alma.

D. NUÑO

Sin embargo, hoy en Castilla
Y Aragon reinando se halla,
Y esto borraré las nubes
Que agostaron su mañana.

D. PEDRO

Cierto: á la verdad merece,
 Nuestra jóven soberana,
 La régia corona de oro,
 El cetro, la pompa y galas.
 No tiene mas que veinte años,
 Y á su belleza estremada
 Reune mil cualidades,
 Una alma sincera y franca,
 Un corazon bondadoso,
 Delicadeza que halaga,
 Maneras nobles y finas;
 En fin, con sus prendas raras
 Cautiva.

D. NUÑO

Si; segun todos,
 Es una mujer sin tacha;
 Pero Enrique no ha salido
 Y el pueblo todo le aguarda
 Con ancia, esperando verle
 En las puertas del alcázar,
 Manifestando en su empeño
 Una impaciencia muy ardua.

D. PEDRO

¿Y es cierto que ahora salemos
 Para Toledo?

D. NUÑO

Están dadas
 Las órdenes de partida

Para esta tarde

D. PEDRO

Me agrada,
 Y me retiro al momento.

D. NUÑO

¿Vais á arreglar vuestra marcha?

D. PEDRO

Si.

D. NUÑO

Nos acompañaremos
 Entónces hasta la plaza.

(Salen.)

ESCENA V

D. ALVARO Y DOÑA ISABEL

(Por la derecha.)

ALVARO

¿Con qué tanto ama D. Carlos,
 Doña Isabel, à Edelina?

DOÑA ISABEL

Tanto.

(Se sientan.)

D. ALVARO

¿Y qué no la fascina
 Su pasión ardiente y fiel?

DOÑA ISABEL

No, señor Conde, el recuerdo
De otro hombre que Dios maldiga,
Y à quien tanto amor la liga,
Hace que le trate cruel.
Muchas veces ha querido,
De su amistad con la flama,
Cegar la pasión que inflama
Su ardoroso corazón,
El se contenta con verla
Sin exhalar una queja;
A veces místico se aleja
Del dolor con la expresión
Otras veces en pupila
Con las lágrimas se vela,
Y su palidez revela
Lo intenso de su sufrir,
Mas disimula de su alma
La asoladora tormenta,
Y solo infeliz lamenta
Las horas de su vivir.

D. ALVARO

¿Conoceis vos á D. Carlos?

DOÑA ISABEL

Por lo que me ha dicho, algo,
Sé que es hijo de un hidalgo
Sin bienes, mas con honor.
Que peleó por D. Enrique
De quien hoy es caballero,
Siendo en la guerra el primero

Por su rey en combatir.

D. ALVARO

¿Del otro amante sabeis ?

DOÑA ISABEL

De ese sí que no sé nada,
Está su vida velada,
Solo conozco su amor.
Por su traje me parece
Que ha de ser hombre de cuenta:
Su edad frizará en los treinta:
Es apuesto y es galán.

D. ALVARO

¡Dos incógnitos! . . . no es malo . . .
Enamoran á la hija
Y la madre no se fija
En conocerlos.

DOÑA ISABEL

¿Pues qué
Pensais que yo soy su madre?
No es mi hija, Señor Conde.

D. ALVARO

¿No es vuestra hija! ¿pues dónde
Viven sus padres?

DOÑA ISABEL

No sé;
Pero ya que se ha ofrecido
Os referiré su historia.
Que conservo en la memoria,

D. ALVARO

Con gusto la escucharé.

DOÑA ISABEL

Hace ya 16 años,
Si no es mi memoria escasa,
Que en la puerta de mi casa
A Edelina me encontrè.
Era una niña de meses,
Vestida de blanco lino,
Y un rollado pergamino
Atado á su cuello hallé.
A su lado, junto á ella,
Un bolsillo de oro estaba,
Pension que se me pasaba.....

D. ALVARO

Para criarla.

DOÑA ISABEL

Si à fé.

Cuando creció, en un colegio
La puse á que se educara,
Y su inteligencia rara
Envidia de muchos fué
Ya la veis, es una niña
De un talento exagerado.

D. ALVARO

¿Y el pergamino encontrado
Me lo podreis enseñar?

DOÑA ISABEL

Sí Señor.

(Entra Doña Isabel por la derecha.)

D. ALVARO

No le conozco:
Ignoro quien es ese hombre;
Pero juré por mi nombre
Que yo le descubriré.
¡Y hay de él! si manchar intenta
Los candores de su frente,
Que no ría indiferente
Porque yo.... le mataré.

(Doña Isabel vuelve trayendo un pergamino
que entregó al conde.)

D. ALVARO (LEE)

"La niña que se confía á vuestro cuidado, es hija de padres nobles. Se os pasarán trescientos "doblones anuales para su educacion. Cuando un "caballero se presente con un pergamino igual á "este, la entregareis sin vacilar. Entre tanto la ha- "reis pasar por vuestra hija; que ella ignore el ve- "lo que envuelve su vida."

¿Y os han seguido pasando
Esa suma?

DOÑA ISABEL

Es exactamente.

(El conde se para.)

D. ALVARO

¿Edelina está inocente
De todo el misterio?

DOÑA ISABEL

Sí,

D. ALVARO

Pues sabed que está su suerte
 Confiada à vuestro cuidado,
 Y que ese amor desgraciado
 La puede perder al fin.

DOÑA ISABEL

¿Que quereis que haga?

D. ALVARO

Evitarle

Que le hable á ese hombre, señora;

Indagar quien la enamora;

Alguien le ha de conocer,

No os fieis de la rica tela

Apostura y gallardía;

La mas preciada hidalguía

Buscadla en el corazon.

En la corte de los reyes,

Se arrastran muchos reptiles;

Hay hombres bajos y viles

Que ostentan oro y tisú,

Que la adujacion mezquina

Por medio de la impostura,

Suele alzar tanta basura

Como olas levanta el mar.

Doña Isabel, me retiro;

Y si á esa niña quereis,

Os aconsejo veleis

Por su delicado honor.

[Se van el conde por la izquierda
 y Doña Isabel por la derecha.]

ESCENA VI

EDELINA por la izquierda.

EDELINA

No ha de dilatar, ya siento
 Que el corazon me palpita
 A la dulzura infinita
 De su melodioso acento.
 El es mi bien en el mundo,
 Mi esperanza, mi creencia,
 Es la luz de mi existencia;
 En su amor mi dicha fundo.
 En su dulce pensamiento
 Cierro mis amantes ojos,
 Sueño con sus labios rojos
 Y despierto con su aliento.
 ¡Cuánto el corazon le adora!
 El es muy pequeño trecho
 Para guardar dentro el pecho
 La llama que le devora.
 ¡Florestán! nombre que suena
 Cual la tierna melodía
 Del ave que canta al día
 Entre la floresta amena.
 ¡Florestán! único encanto

Que me hace adorar la vida;
 Su imágen está esculpida
 De mi alma en el templo santo.
 Su amor es la luz divina
 Que discipa mi amargura,
 Que alumbra mi senda oscura
 Cual estrella vespertina.
 Amor, dulce sentimiento
 Que hace florecer el alma,
 Y à nuestro pecho la calma
 Roba con mágico aliento.
 Pura flor que nos embriaga
 Con esquisito perfume,
 Y en sus pétalos reasume
 Todo lo que mas halaga.
 Ensueño que vaporoso
 La imaginacion domina,
 Y el corazón nos fascina
 Con su prestigio ardoroso.
 Magia que nos hace luego,
 De su atraccion con los lazos,
 De su inapagable fuego
 Arrojar nos en los brazos.
 ¡Amor! fanal que á mis ojos
 Les marca nuevo sendero,
 Puro como el reverbero,
 Sin espinas, sin abrojos.
 Limpio cual sol que sin nubes
 Tiende su cauda flotante,
 Sobre la cumbre gigante,
 A los pies de los querubés.

¡Qué agitación ¡oh, Dios mio!
 Me ha asaltado derrepenté?
 ¡Pobre corazón! detente,
 Calma ya tu desvarío.
 Es el eco de su acento
 Que ya hiere mis oídos.
 Quien arranca estos latidos,
 Son sus pasos, es su aliento.
 Es su mirada que diva,
 Fija, enamorada, ardiente,
 Abraza de amor mi frente,
 Es su sonrisa expresiva.

Se oyen dos toquidos en la puerta cerrada à la derecha:
 Edelina abre despues de decir los siguientes versos.

Esos toquidos, ¡oh cielo!
 Dicha para mí no estraña,
 ¡El corazón no me engaña! . . .

ESCENA VII

EDELINA Y ENRIQUE embozados.

ENRIQUE

¡Edelina, mi consuelo!

La abraza y se quita la capa y el sombrero
 que pone sobre un banco.

EDELINA

¡Cuánto has tardado! si vieras
 Lo triste que es esperar,
 Pasar las horas enteras